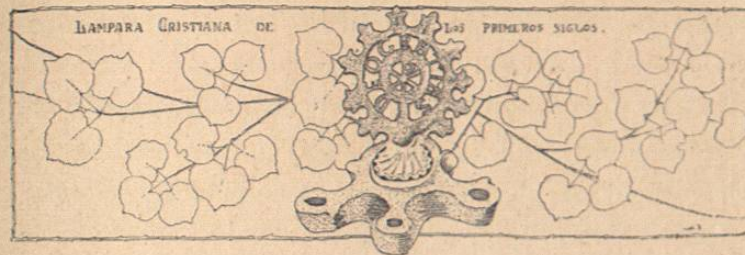


Hemos procurado narrar los pormenores de esta audiencia con toda exactitud, no omitiendo nada de lo substancial, si bien nos sería imposible reproducir fielmente las palabras textuales del Santo Padre. Parece increíble que á su edad conserve tan claras sus facultades intelectuales, que tenga tanta sonoridad en su voz y que sus discursos sean un torrente de elocuencia.

Presa de las más dulces emociones, los agraciados con la audiencia pontificia no acertábamos á explicar los sentimientos que tan vivamente había despertado en nosotros la augusta presencia del Supremo Jerarca de la Iglesia que, como dijo en una hermosa carta pastoral el Ilmo. señor Silva, con una sonrisa de amor gobierna al mundo.

Pasarán los años, y si Dios nos concede la vida, referiremos á nuestros hijos, en las veladas del hogar, la dichosa entrevista que se dignó otorgarnos el ilustre Pontífice reinante, y los enseñaremos á venerar al Padre común de los fieles, colocado por Dios en el cielo de la Santa Iglesia Católica Romana, para derramar los fulgores de su luz sobre todos los espíritus, como un astro de primera magnitud.



CAPÍTULO VIII

INUSITADO movimiento presentaba la ciudad de Roma, el día 20 por la mañana. Numerosos carruajes circulaban por las calles, y mucha gente de á pie se veía recorriendo las principales avenidas; pero nadie se detenía mucho tiempo, pues todos se dirigían hacia la plaza de San Pedro.

¿Cuál era la causa de tanta animación? Pues era que el Santo Padre se dignaba conceder audiencia general en la basílica Vaticana á varias peregrinaciones italianas, al mismo tiempo que á la de México. Como si hubiesen querido dar un mentís á los revolucionarios engendrados por las sectas anti-cristianas, los hijos de la *redenta Italia*, á semejanza de sus hermanos que los habían precedido en el Año Santo, iban á rendir sus

homenajes de adhesión al gran Pontífice, á quien reconocen como rey legítimo de Roma.

Mucho antes del medio día se hallaban reunidas en la basílica, á la cual se entraba con tarjeta especial, las peregrinaciones de México, de Anagni, del Abruzzo, de la Provincia Romana, de Frascati, de Monte Porzio y de Rocca di Papa, con otros peregrinos que habían ido aisladamente á la capital del orbe católico para lucrarse las indulgencias del jubileo. Pasaban de ocho mil las personas que habían acudido á recibir la bendición del Santo Padre.

Además de los peregrinos veíanse en las naves de la espaciosa basílica á muchas personas que habían obtenido billetes de Monseñor el Maestro de Cámara de Su Santidad. Entre los mexicanos recordamos á la señora Miramón é hija, á la señora Isabel Pesado viuda de Mier, á la señora Angela Atristáin, á las familias Blanco, Fontecha de Rivas, del Fierro, Pardo y Contreras y Medina; á las señoritas Enriqueta y Ernestina Larráinzar, hermanas del Calvario, y á los alumnos del Colegio Pío Latino Americano, presididos por su digno Rector el reverendo padre Enrico Radaelli.

Los peregrinos de la diócesis Tuscolana habían llevado consigo las imágenes de la Virgen de la Piedad y de la Virgen de la Esperanza, veneradas respectivamente en Rocca di Papa y en Monte Porzio. Estas imágenes fueron conducidas á Roma entre millares de antorchas, y entonando en el camino sagrados cánticos, por más de 3.000 peregrinos á quienes presidía Monseñor Giacci.

El Santo Padre salió de sus aposentos al medio día,

acompañado de los Emms. y Rmos. señores Cardenales Serafino Vannutelli, Obispo Suburbicario de Frascati, de Logue y Mathieu, y de su Corte Noble. En San Pedro fué recibido por una comisión del Rmo. Cabildo Vaticano, presidida por Su Eminencia Monseñor Alejandro Sanminiatielli Zabarella, Patriarca de Constantinopla.

Para formarse una idea del entusiasmo que despertó entre aquella muchedumbre la presencia del Papa era preciso haber sido testigos de ella. Un aplauso unánime y un *viva* que repercutió en las bóvedas del augusto santuario con formidable estruendo, se escuchó en un instante, y siguieron las aclamaciones de tal suerte, que parecían el sordo rumor del huracán que siente uno acercarse, cuando está próximo á los seculares bosques de América.

Hemos presenciado demostraciones populares en honor de guerreros y patricios; pero ninguna tan solemne, tan majestuosa, tan imponente como la que se tributaba al insigne León XIII, por un considerable grupo de fieles que reconocen su soberanía espiritual en el orbe católico y su poder temporal en la Roma de los Pontífices.

Elocuente manifestación, y no la única por cierto durante el Año Santo, para que los ilusos hubiesen abierto ojos y oídos á la luz y á los acentos de la verdad que se impone sobre el error.

El Santo Padre, conducido en la silla gestatoria, se detuvo á adorar al Santísimo Sacramento, pasando luego al reclinatorio que se le tenía preparado en la nave central. Veneró el Crucifijo de San Marcelo que el día

antes había sido trasladado á la basílica por los miembros de una piadosa cofradía. Su Santidad pidió al Camarlengo noticias históricas respecto de esta santa imagen, y se le informó que en cada Año Santo era



S. S. LEÓN XIII EN SILLA GESTATORIA.

llevada á la basílica Vaticana, en hombros de varios cofrades que se turnaban hasta el número de ochenta, á causa de su peso. La Cofradía conmemora todos los años, el 23 de Mayo, la milagrosa conservación de dicho Crucifijo, que resultó ileso en el incendio de 1515,

pues además de haber encontrado intacta la santa imagen, aun ardía la lámpara que diariamente era encendida frente á su altar.

Su Santidad besó devotamente los pies del Crucifijo así como las dos imágenes de la Santísima Virgen que habían llevado los peregrinos de la diócesis Tuscolana.

En silla gestatoria fué paseado el Papa en medio de nuevas y ruidosas aclamaciones. El venerable anciano con paternal benevolencia y con la sonrisa en los labios, bendecía á su pueblo, irguiéndose á menudo sobre las gradas de la silla.

Cada peregrinación cantó algún coro religioso. Los mexicanos entonaron el Himno Guadalupano. La muchedumbre demostraba profunda emoción, y no pocos eran los que derramaban lágrimas de ternura, lágrimas de aquellas que desahogan los dolores del alma. Las madres levantaban en brazos á sus pequeñuelos para que contemplasen la dulce, majestuosa y admirable figura del venerable anciano, que inspira con su sola presencia sentimientos incomprensibles de amor.

Cuando pasó el Papa frente al altar de la Confesión, dió vuelta hacia el nicho que ocupa la estatua de la Verónica, donde á la luz de los cirios y de los espléndidos focos eléctricos se expusieron á la veneración de los fieles las reliquias de la Lanza, la Cruz, y el Divino Rostro. Los estudiantes agustinianos de Santa Mónica entonaron las letanías del Sagrado Corazón, y luego un Capítular recitó la oración á Cristo Redentor, que se acostumbra recitar siempre que se exponen las Reliquias Mayores en la Patriarcal Basílica Vaticana. Monseñor el Sacristán cantó el *Oremus*, y después de pre-

sentar al pueblo las citadas reliquias, dió con ellas la bendición.

En seguida Su Santidad se dirigió al altar papal y dió solemnemente á los peregrinos la bendición apos-



SR. D. ENRIQUE ANGELINI,
CÓNSUL DE MÉXICO EN ROMA.

tólica. Tomando luego asiento, recibió á los Ilmos. y Rmos. señores Arzobispo de Cesarea del Ponto, Obispos de Chilapa, sufragáneo de Frascati, de Chambéry, de Sangres, Monagham, Meaux, Clogher y al Vicario Apostólico de San Jorge que, con otros prelados, ha-

bían asistido á la audiencia. Entretanto los mexicanos cantaban de una manera conmovedora el Himno Guadalupano.

El señor Comendador Angelini, de servicio ese día en la recepción, atendió á nuestros compatriotas con el afecto que siempre ha demostrado hacia todo lo que á México pertenece, y con la caballerosidad que le caracteriza.

El Santo Padre recorrió de nuevo la nave central de la basílica, hasta la capilla del Santísimo Sacramento, volviendo por allí á su palacio después de recibir más muestras de adhesión y simpatía por parte de los que tuvieron la dicha de verlo.

Dejamos al buen juicio del lector apreciar las sensaciones que experimentarían los peregrinos con esta audiencia, y los mismos miembros de la gran romería podrán narrar á sus deudos mejor que nosotros los pormenores de una solemnidad por muchos deseada y por muy pocos obtenida.

Después de la una y media de la tarde se retiró aquella muchedumbre, invadiendo la plaza y las calles cercanas á la basílica de San Pedro. Dignos eran de verse los tipos de los aldeanos que recorrían las vías públicas, llevando sus trajes peculiares. Las campesinas de Frascati con sus faldas oscuras, blancos delantales, velos blancos y enormes zarcillos; los labriegos de la provincia romana con su chaquetín azul, su rojo chaleco y sombrero de hongo; las aldeanas de Carpineto con delantales caprichosamente bordados, corpiño azul de terciopelo á manera de corsé dejando ver una camisola blanca, y tocas cuadrangulares sobre la cabeza dobla-

das como servilletas; los agricultores de la campiña con sus polainas de cuero, y las mozas tusculanas con tocas rayadas de encarnado. Pintoresco en verdad era el aspecto que ofrecían al dispersarse por las calles.

En cuanto á los mexicanos, no había nada que notar respecto de sus trajes, pues todos, sacerdotes, señoras y caballeros vestían con la corrección que acostumbran en su país, y que, contra lo que muchos mal informados creen todavía, no se diferencian de los que se usan en Europa.

Ganado el jubileo y recibida la bendición del Sumo Pontífice, sólo quedaba á los peregrinos dar gracias á Dios por las dichas que hasta ese momento se había dignado prodigarles. En tal virtud se reunieron el día 22 en la basílica de San Nicolás *in Cárcere*, donde hay una capilla especial en que se venera á la Santísima Virgen de Guadalupe.

En esta solemnidad, á la que asistió el Ilmo. señor Ibarra, se dignó officiar de pontifical el Ilmo. señor Santander que fué Obispo de la Habana, teniendo como acompañante con capa pluvial al señor Canónigo de la Catedral de Chilapa don Francisco C. Miranda, y como diácono y subdiácono respectivamente á los señores doctores, don Rafael Amador, representante de la Mitra de Puebla, y cura don Manuel Díaz Calderón, de la misma diócesis.

El coro acompañado por la orquesta y el órgano dejó gratísima impresión en todos los asistentes, con particularidad en los mexicanos á quienes la vista de su augusta Patrona evocaba en ellos los dulces recuerdos de la patria y del hogar.

Al fin de la Misa predicó el señor Canónigo de la Catedral de León don Andrés Segura, que se mostró en su sermón tan elocuente como inspirado. Con fácil dicción y con claridad de conceptos expuso los beneficios que habían alcanzado los peregrinos al recibir las gracias del jubileo, gracias que derramaban la pureza en sus almas, como si acabasen de recibir las aguas del bautismo. Recordó con ternura los bienes que México había recibido por la mediación de María Santísima de Guadalupe, teniendo frases oportunas que revelaban su amor á la religión y á la patria. Y por último tuvo el don de conmover á su auditorio, elogiando el celo y el fervor con que Monseñor Ibarra había cumplido su misión como director espiritual de la piadosa romería; encomió al señor Macías por su feliz pensamiento y por la constancia y laboriosidad que había empleado para realizarlo, y para concluir, pagó un tributo de gratitud á la diócesis angelopolitana donde, en tiempo del Ilmo. señor Mora, se inició y llevó á cabo la primera peregrinación mexicana á Roma, con motivo de las bodas de oro del Santo Padre. El señor Segura recibió calurosas felicitaciones por su inspirada pieza oratoria.

Para terminar la solemne función que nos había reunido en la basílica de San Nicolás, el Ilmo. señor Ibarra dió la bendición con unas reliquias que allí se veneran, presentándolas á los fieles para que las besaran. Luego fueron obsequiados los peregrinos con una copia de la Guadalupana que allí se venera y con un triduo en italiano escrito en honor de la misma Virgen Santísima.

Parecía que, en lo tocante á la peregrinación, nada más tendríamos que narrar y sin embargo no fué así.

Otras sorpresas, á cual más gratas, nos estaban reservadas. El día siguiente recibíamos atenta invitación para concurrir al Colegio Pío Latino Americano, el Presidente y el Secretario de la Peregrinación, y los señores sacerdotes que en ella representaban á las diócesis mexicanas.

En el gran refectorio del importante establecimiento se sirvió un banquete al que asistieron, además de las personas invitadas que hemos mencionado, varios sacerdotes de la Compañía de Jesús, el Ilmo. señor Ibarra, el reverendo padre don Antonio Rasore, Canónigo de la Metropolitana de Buenos Aires y director del periódico católico *La Buena Lectura*, y los profesores y alumnos del Colegio, todos de origen hispano-americano.

A la hora de los postres el reverendo padre Enrico Radaelli, rector del Colegio, ofreció el banquete con un elegante brindis que fué calurosamente aplaudido, por la brillantez de sus conceptos. Lo contestó Monseñor Ibarra con sentidas frases, de aquellas que siempre hallan eco en los hombres de recto criterio y de sentimientos elevados. Habló el último, á nombre de los representantes de las diócesis, el autor de esta obra, y su alocución fué acogida con sobra de benevolencia por todos los comensales.

La acción de gracias tuvo lugar en el oratorio. Después recorrimos todos los departamentos del Colegio, admirando el buen orden que reina en él, así como lo bien meditado de sus reglamentos.

La benemérita Compañía de Jesús ha sabido hacer del Colegio Pío Latino Americano una institución que viene á llenar una necesidad para los pueblos de habla

española y portuguesa. Allí se está realizando prácticamente con la enseñanza científica y religiosa el desideratum de los hombres de buena voluntad, como lo es la estrecha unión de una raza que persigue los más nobles ideales. Allí se miran como verdaderos hermanos, como miembros de una sola y gran familia, los mexicanos, centro-americanos, venezolanos, ecuatorianos, colombianos, peruanos, bolivianos, brasileños, argentinos, chilenos y uruguayos. ¡Ojalá que algún día reine en todos los pueblos de la raza latina la armonía que reina entre los alumnos de ese privilegiado plantel llamado á prestar incalculables servicios para lo futuro!

Muchos son los hombres ilustres que ha producido ese Colegio en los pocos años que cuenta de vida. Algunos de ellos ciñen hoy su frente la mitra y empuñan en su diestra el báculo, como dignos pastores de la Iglesia.

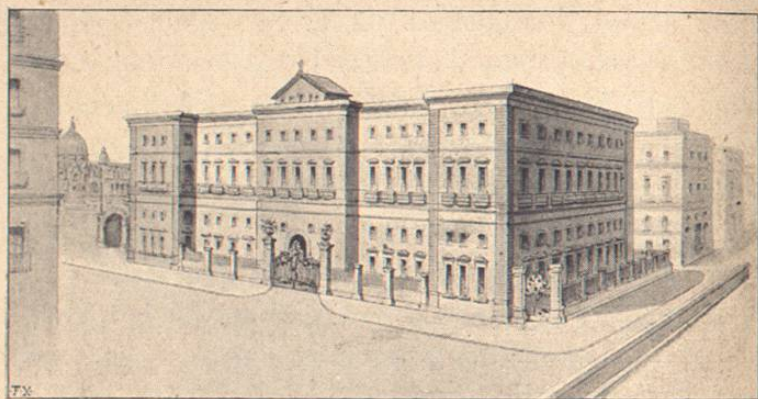
Este Colegio fué fundado por el activo y celoso sacerdote chileno señor Eizaguirre que deseaba formar sabios y virtuosos ministros de la religión, educando para tal fin jóvenes escogidos de la América latina. Aprobada la idea por Su Santidad Pío IX, de grata memoria, la recomendó á los dignísimos prelados de aquellas regiones, quienes hasta la fecha le imparten su valiosa protección. Cuenta con un centenar de alumnos que cursan allí los estudios menores, asistiendo para las cátedras de Filosofía, Teología y Derecho Canónico á las aulas de la Universidad Gregoriana.

El reverendo padre Noval, de la Orden de predicadores, hablando de este plantel dice:

«El edificio, levantado de planta y á propósito el año de 1887, está situado en *Prati di Castello*, sitio despe-

jado y ameno, á la orilla del Tiber. Grande, hermoso y adornado con riqueza y gusto, constituye una verdadera gloria de las Naciones de la América Latina».

Nosotros visitamos cuanto notable encierra ese establecimiento, desde las aulas y dormitorios hasta la enfermería, y en todas partes hallamos lo que requiere un plantel de ese género. El oratorio de que ya hemos



COLEGIO PÍO LATINO AMERICANO.

hablado, es una iglesia de tres naves, decorada con verdadero lujo y esplendor.

En sus galerías encontramos dos bustos artísticos: el de Colón á quien tanto debe la humanidad y la ciencia, y el de García Moreno, sud-americano ilustre que supo servir como bueno á la religión y á la patria. Vimos también retratos de notabilidades hispano americanas y de alumnos que, con su carrera, han dado lustre al Colegio.

No podemos menos de recomendar á nuestros com-

patriotas y á todos los ciudadanos de la América Latina, que no dejen de velar por la existencia de ese grandioso plantel que tanto los honra, prodigándole cuantos medios necesite no sólo para subsistir sino para alcanzar el grado más alto de prosperidad. Por más que parezca extraño, se interesan en ello los destinos de nuestra raza y el porvenir de nuestros pueblos.

Satisfechos y agradecidos por las numerosas atenciones de que fuimos objeto, pensábamos retirarnos cuando el reverendo padre Radaelli se sirvió invitarnos para asistir á un acto literario de grande importancia. Se trataba de premiar á los niños que, los días festivos, concurrían al Oratorio de San Luis Gonzaga para recibir la instrucción del Catecismo que les daban los alumnos del Colegio Pío Latino. De esta manera comienzan allí los jóvenes á ejercitarse en la misión sacerdotal que habrán de desempeñar más tarde. El acto fué presidido por Su Eminencia el señor Cardenal Respighi, Vicario General de Su Santidad.

El programa de la fiesta fué corto y escogido. El señor Montero cantó una *Ave María* coreada, y el señor Arcoverde una romanza de Ponchielli. En medio de estas dos piezas leyó un breve discurso informativo uno de los jóvenes catequistas. Tocó luego el señor Umaña en el piano una rapsodia española, y recitaron poesías con mucho aplomo y correcta pronunciación los niños Vittorio Mens, Umberto Banci y Arnaldo Frattini. La recitación de esta última, dicha con brío, fué dedicada á los mexicanos y, aunque está en italiano, no podemos resistir á la tentación de reproducirla por los conceptos que encierra. Hela aquí:

Agli illustri Pellegrini Messicani che ci onorano di loro presenza.

SALUTO ED AUGURIO.

Quale un giorno per lungo cammino
Scorse i Regi una fulgida stella
Alla Culla del Divo Bambino
Fra gli stenti d'incerto sentier;

Tal voi figli di terra lontana
Nobil slancio di fede e d'amore,
Qua condusse nell' Urbe romana
Alla Sede del Primo Pastor:

Nè mancò chi di vivida luce
Fosse scorta nel lungo sentiero;
Il Prelato che qui vi fù duce,
Ei la stella vi fù del cammin.

Salve, o Padre di nobili figli,
O Pastore di fervido gregge.
Te non osin funesti perigli
Sulla terra assalire o nel mar.

Quella Vergin che madre amorosa
Vostra patria ricopre col manto,
Te coi figli ritorni pietosa
Alle gioie del suolo natal.

Aunque el italiano es bastante comprensible daremos sin embargo una traducción en prosa de los anteriores versos. Dicen así:

«A los ilustres Peregrinos Mexicanos que nos hon-

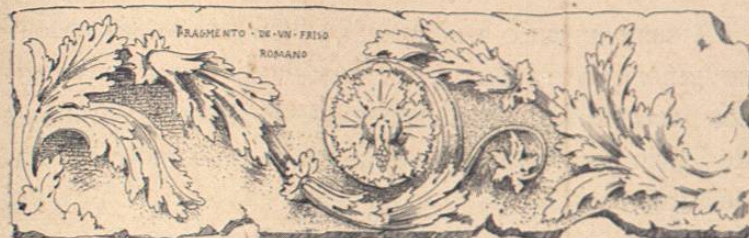
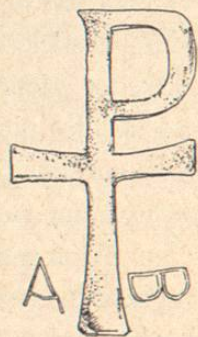
ran con su presencia.—Saludo y augurio.—Cual un día por largo camino guió á los Reyes una fúlgida estrella á la Cuna del Divino Niño entre las asperezas de incierto sendero, así á vosotros, hijos de tierra lejana, noble arrojo de fe y de amor, condujo aquí á la ciudad de Roma, á la Sede del Pastor primero. Ni faltó quien fuese guía de vívida luz en la larga senda; el Prelado que fué jefe para vosotros, él fué la estrella del camino. Salve, oh Padre de nobles hijos, oh Pastor de férvido rebaño. No osen asaltarte funestos peligros en la tierra ó en el mar. Aquella Virgen que cual madre amorosa cubre con su manto vuestra patria, piadosa te devuelva con tus hijos á los goces del suelo natal.»

Cantó en seguida el señor Montero una romanza de Wagner y recitaron poesías los niños Vittorio Gamalero, Sergio Frattini y Spartaco Tabelli. Los señores Umaña y Gutiérrez tocaron una pieza de piano y flauta, recitaron poesías los niños Enrico Caprilli, Francesco Rodríguez y Guglielmo Gamalero, en forma de diálogo; cantaron los alumnos el coro de Rossini: *La Caridad*, y recitó una poesía de acción de gracias el niño Rodríguez. Durante los intermedios se hizo la distribución de premios.

Este acto en que las recitaciones no parecían de niños principiantes sino de jóvenes ejercitados en la oratoria, fué cerrado, como suele decirse, con broche de oro por el Emmo. señor Cardenal Respighi. Pronunció una bellísima alocución que por su elegante sencillez estuvo al alcance de las inteligencias infantiles de sus pequeños oyentes.

No podrá decirse que no empleamos bien el día,

tanto en la visita del Colegio Pío Latino como en la asistencia al acto que acabamos de describir. Sin embargo, no hemos concluído todavía. Queda invitado el benévolo lector para asistir con nosotros á la clausura de la Puerta Santa.



CAPÍTULO IX

LA víspera de Navidad había llegado, y con ella despertaba Roma, ostentando por todas partes extraordinaria animación. Comenzaban las felicitaciones unidas de Pascuas y Año Nuevo. El correo transportaba obsequios y tarjetas de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, teniendo los empleados escaso tiempo para atender al público. En suma, Roma entera se vestía de gala para recibir á los provincianos y á los extranjeros que por entonces la visitan.

En los escaparates de las casas de comercio se exponen diferentes artículos propios para regalo. Abundan los mosaicos, las carteras, los portamonedas, los álbums, las manteletas de seda, los libros y otros mil objetos que sería cansado enumerar.